

Homilía de XV Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2017 - 2018 - (Ciclo B)

“Los fue enviando de dos en dos”

Pautas para la homilía

Llamados y enviados

El evangelio de hoy es uno de esos textos bien conocidos para todos los creyentes: Jesús llama a los doce y los envía a predicar de dos en dos. Ellos, nos dice el texto, salieron a predicar la conversión, echaban muchos demonios, ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban. Un texto breve que recoge, sin embargo, todo lo que significa la vida de un discípulo: llamado y enviado, con una misión concreta y desde una experiencia muy determinada. Parémonos un momento a ver en detalle lo que esto significa, al hilo de las lecturas de este domingo, que nos dibujan un perfil muy claro de lo que es la vida del discípulo.

Volvamos nuestra mirada en primer lugar al profeta Amós, que en la primera de las lecturas se nos presenta como antecedente de lo que significa ser elegido y enviado por Dios para una misión: es un **hombre corriente**: “no soy profeta ni hijo de profeta, sino pastor y cultivador de higos”; **elegido por Dios** para vivir de otra manera: “el Señor me sacó de junto al rebaño”; al que se le encomienda una **misión**: “Ve y profetiza a mi pueblo Israel”. El profeta se nos presenta siempre como alguien que ha tenido una experiencia de Dios, que ha recibido la revelación de su santidad y de sus deseos, que juzga el presente y ve el futuro a la luz de Dios y que es enviado por Dios para recordar a los hombres sus exigencias y llevarlos por la senda de la obediencia y de su amor. La vocación profética es “irresistible”: “Habla el Señor, ¿quién no profetizará?” (Am 3,8), es una pasión que nace de la escucha de la Palabra y el encuentro con Dios, de la experiencia misma de haberse sentido mirado, llamado por su nombre, reconocido por la mirada de un Dios que quiere comunicarse al género humano a través de palabras humanas, de sus elegidos. Dios tiene la iniciativa y sale al encuentro del hombre para darle una misión que le configura. Es más que una tarea, es una nueva identidad que afecta a toda la persona del profeta.

La segunda lectura de este domingo, de la carta a los Efesios nos adentra en esa nueva identidad que nos es revelada en el encuentro con Dios, por la cual este himno litúrgico da gracias. El discípulo, que se expresa en este himno en tono de alabanza, nos está narrando en realidad su propia experiencia de encuentro con Dios a través de Jesús: se siente “**bendecido** en Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales”; “**elegido** en la persona de Cristo” para ser consagrados, partícipes de la santidad de Dios, e irreprochables ante él por el amor; “**destinados a ser sus hijos**”, hijos de Dios, reflejo de su gloria, herederos de sus bendiciones, **llenos de gracia**, como se sintió María. Por si esto fuera poco, el discípulo que nos habla proclama que “el tesoro de su sabiduría y prudencia ha sido un derroche para con nosotros dándonos a conocer el Misterio de su Voluntad” que no es otro que la plenitud del Reino: “recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra”. Y es interesante contemplar a este discípulo que así habla, porque nos está mostrando cuál es la experiencia que está en la raíz vital de quien acepta un envío como el del evangelio: es alguien que se vive a sí mismo como **bendecido, elegido, hijo** del Padre, **lleno de gracia, sabio en la sabiduría de Dios**. Sólo hombres y mujeres que viven una experiencia así, tan densa, tan transformadora, tan gozosa, pueden, como el profeta, afrontar una misión que les coloca radicalmente enfrente de los modelos al uso en aquella sociedad que les toca vivir. Sólo una pasión que nace de esta experiencia nos puede llevar hoy a vivir y predicar el contracultural mensaje del evangelio. Cuando la pasión del encuentro transformador con Jesús se apaga, la misión languidece, o se convierte en una simple tarea.

Jesús, volvemos al evangelio, **llama** a los doce, toma la iniciativa y al tiempo nos regala la libertad de sabernos “sacados de junto al rebaño”, de la simple cotidianidad de las cosas, como el profeta, y nos **envía**. Esta experiencia doble de llamada y envío es fundamental para el discípulo, porque revela que nuestra misión es eclesial, no un asunto privado, y por ello la vivimos en comunión, “de dos en dos”, en comunidad, junto con otros, sabiéndonos copartícipes de la misión de todos los discípulos. El texto nos subraya algunos elementos de la misión que nos resultan muy significativos en este momento de la Iglesia: salir al camino, sin alforjas, sin dinero, pero con sandalias y cayado, para poder resistir el desgaste del camino: Iglesia en salida, en camino, pobre, desinstalada, libre de ataduras, en definitiva, para poder servir al evangelio. Itinerantes, porque hay en el enviado una pasión, una ineludible necesidad de ir siempre más allá, al encuentro de quienes viven en la oscuridad, porque la luz siempre es expansiva, difícil de encerrar, de frenar en su vocación de iluminar. Conscientes de que no siempre seremos bien recibidos.

Anunciamos así, con palabras y gestos de liberación el plan de Dios para sus hijos: que tengan vida y vida en abundancia. La verdad experimentada, rumiada, saboreada, se hace más fuerte que nosotros mismos y no podemos callarla.



Hna. Pilar del Barrio

Comunidad Sto. Domingo de Guzmán. Los Negrales (Madrid)